

CELEBRACIÓN 35 DEL 75. INSTITUTO "AGUILAR Y ESLAVA".
Cabra, 13 de Noviembre de 2.010.

Queridos amigos y compañeros:

Puesto que María José Peña ha hecho los agradecimientos de rigor, a mí, en este apartado de reconocimientos, sólo me queda dar infinitas gracias a la Comisión organizadora, un grupo de compañeros -Rocío Muriel, Socorro Moral, Antonio Serrano, Mary Mesa- sin cuya dedicación y cariño no estaríamos hoy aquí. A esta comisión yo la he denominado como "La comisión de los Tímidos". La razón es muy simple: este estupendo grupo ha sido dirigido y coordinado por Pepe Naveas y María José Peña. Sobra todo comentario. Espero que no os pongáis colorados.

Pues bien, Pepe Naveas, allá por el mes de Septiembre, me ofreció, ya que yo me había puesto a disposición de la Comisión para lo que necesitaran, que dirigiera unas palabras a la promoción en este acto. Inmediatamente acepté ilusionado, pero ya con más calma, cuando uno se sienta ante la pantalla del ordenador en blanco te asalta una duda, dos dudas, un millón de dudas...¿qué les digo yo esta gente, que han sido mis hermanos unos, que no veo desde hace treinta y cinco años otros, que permanecen todos en mi recuerdo con cariño y simpatía?... No puede ser nada largo, ni cursi, ni pretendidamente académico, no puede ser algo demasiado personal, ni demasiado superficial, ni ser una traca de tópicos ni simplezas. En ese momento de duda vino en mi auxilio un italiano, Federico Fellini, y se desplegó ante mí una de las obras más geniales que yo recuerde haber visto en el cine jamás: Amarcord.

Fellini construye en 1973 -estábamos en 6º- una de las mejores películas del cine europeo ensamblando en un caótico, bello y nostálgico abanico las peripecias de un grupo de adolescentes en una pequeña ciudad del Norte de Italia bajo el fascismo de entreguerras. Carente de trama lineal, es un maravilloso retablo episódico de recuerdos y ensoñaciones del propio Fellini en Rímimi, su ciudad natal. Seguramente recordareis escenas inolvidables de este retablo: la estanquera de enormes pechos, las confesiones de los chicos ante la imagen de San Luis Gonzaga "si tu ti toqui, San Luigi

Gonzaga plora" decía el cura intentando apartar a los chavales de las tentaciones de la carne, aquella Gradisca, que era en sí misma la tentación...

Pues bien, salvando todas las infinitas distancias que hay que salvar, os pido permiso para convertirme en aprendiz de Fellini, para convertir Rímini en Cabra, para convertir el fascismo de entreguerras en el franquismo crepuscular. Acción pues para ir desgranando nuestro propio retablo.

1.-Camina un pequeñuelo de 8 años por los "Reorres de la Plaza de Toros" -hoy Avenida de la Constitución- hacia el Instituto. Todavía no hay aceras en la calle, hay que ir evitando los charcos que las primeras lluvias del otoño han dejado y tiene frío. Los pantalones largos han de esperar un par de años más, serán los grises del uniforme del Instituto cuando entre en primero. El pequeñuelo de 8 años va a la Escuela Preparatoria que hay en el patio de la clase de Dibujo y su maestro se llama Don Antonio Casas. Es Don Antonio un hombre bajito, con bigotito de mosca al más puro estilo falangista que quiere entrañablemente a sus alumnos. Todos los días viene a clase con un "mosquito" azul. Tras su aspecto "feroche" de alférez provisional, hay un magnífico profesional que estimula a sus alumnos dándoles puntos según su trabajo diario en clase, ordenando el aula todos los lunes por la mañana según los puntos que cada cual hubiese obtenido la semana anterior. En una época en la que se solía administrar jarabe de palo con notoria largueza, sólo vimos a Don Antonio dar unas bofetadas cuando uno de los rapaces, algo cansado por la prolija narración de Don Antonio acerca de sus heroicidades en la Batalla del Ebro, se quedó frito. En cualquier caso, ninguno de los chavales que pasamos por aquella Preparatoria cometió jamás faltas de Ortografía, ni se equivocaba en una cuenta de división decimal por muy larga que fuera ni erraba si se le preguntaba por el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo de cualquier verbo irregular. Don Antonio cumplía ejemplarmente su cometido y nosotros ¡Qué remedio! También.

Nuestra promoción, como veremos a lo largo de estas breves palabras, estuvo en cabeza de convoy de las reformas educativas de la época, lo cual, aplicando el viejo principio de "virgencita, virgencita que me quede como estoy", nos supuso algún que otro disgusto. En concreto, fuimos nosotros los primeros que no padecimos el examen de ingreso, pero a

cambio teníamos que acceder al bachillerato con una edad mínima, lo cual hizo que estuviésemos, la mayoría de nosotros, dos años en aquella Preparatoria.

2.-Ya tenemos pantalón largo gris y chaqueta azul con el escudo del Instituto en el bolsillo izquierdo. También tenemos cartera de cuero nueva, un completo plumier con lápices de colores Alpino y unos libros relucientes. Estamos en 1°. Andamos algo asustados por el Instituto pendientes de que los mayores no nos tiren de nuestra corbata de gomilla. Aquellos alumnos de PREU que parecían nuestros padres nos imponían un respeto rayano en el pánico cuando, como si de una odisea fantástica se tratara, nos aventurábamos a subir a los laboratorios y al Internado, de donde éramos sistemáticamente desalojados por algún Regente. Al principio los sábados y posteriormente los viernes formábamos en este mismo patio de cristales para rezar, oír el himno nacional y capotear las muy ocasionales broncas del director que nos amenazaba con las calderas de Pedro Botero si, por ejemplo, el sastre de la Calle Álamos, Pulido, volvía a darle las quejas de que los niños del Instituto le cantaban aquello de "Pulido, Pulido, Pulido es un pelón", indignado el honrado menestral de que se le recordara su ausencia capilar a pesar de que gastaba mascota a lo Humprey Bogart.

En aquellos primeros años, hasta 4°, lo que realmente nos importaba era el fútbol. Habíamos empezado a tener compañeras, pero éstas eran criaturas con faldas, cintas y coletas que no jugaban al fútbol:

-Jugábamos en el Campo Chico los sábados contra los monaguillos de Don José Burgos. Esperábamos en el mismo escenario, casi con ansiedad, que aquel Profesor de Gimnasia que impartía sus clases con traje, abrigo y paraguas -de cuyo nombre no voy a acordarme- nos indicara que cogiésemos el balón. Destacaban Paquito Poyato, un auténtico artista que hubiese terminado en figura de tener una cuarta más. También destacaba Felipe "el Grillo", actual barman del "Timón", que como era tripitidor o tetrapitidor -si es que existe el palabro- tenía barba y pelos en las piernas y asustaba a sus enclenques rivales con sus vejigazos y berridos. Todos

los recreos dedicábamos la media hora a darle a la pelota en los patios traseros. Cada curso tenía su propio campo perfectamente delimitado, que no era invadido por ningún otro y se jugaba con unas pelotas verdes, muy duras y pequeñas que regalaban con los zapatos "gorila", regalo que supongo sería una estrategia comercial de la casa, puesto que, para consternación de nuestras sufridas madres, nos cargábamos los zapatos a velocidad de vértigo.

-La ausencia de videoconsolas la paliábamos jugando a los montones con estampas de futbolistas. Ganaba el que sacase la estampa con el nombre de futbolista que contuviese mayor número de letras. Suerte si te tocaba Martín Esperanza, un tuercebotas del Pontevedra -entonces en 1ª- y mala suerte si te tocaba un artista paraguayo del Español que se llamaba Re.

Lidiaban con nosotros en aquellos primeros años un grupo de Profesores jóvenes: Don Adolfo García, su esposa la Srta. Mari Carmen, Don José Antonio Siles. Ocasionalmente en algún curso los Profesores que nos darían clase más adelante a partir de 5º.

El estamento clerical, pastoreado desde las alturas por Don Diego Villarejo, estaba representado por Don José Burgos que creo era el director Espiritual del Centro. Nos impartía Religión un cura bonachón, Don David -que vivía en la mejor casa de Cabra, la adyacente al Colegio de las Escolapias- y Geografía un cura que era Regente, Don Jesús, natural de Cabezón de la Sal y que hacía honor a su patria chica con una descomunal cabeza.

También nos aguantaban como buenamente podían los bedeles: En los primeros años Ramón, que era casi tan viejo como Don Luis Aguilar y Eslava, después el combativo Blas aquel portero que no lograba olvidar sus tiempos en la Benemérita y nos gritaba como si fuésemos robagallinas. Mucho más bonachones Osuna y Joaquín, que incluso nos dejaban tocar la campana -aquél maravilloso instrumento que se ha cargado la modernidad con sus estridentes timbres y sirenas- si estabas zascandileando por el pasillo superior a la hora del cambio de clase.

Sin duda ninguna, los protagonistas de aquellos años eran los matemáticos: Don Juan Luis Soriguier, un pedazo de pan

bajo la dura apariencia de coronel prusiano de la Wehrmacht, y Don Francisco Muñoz. Aunque os parezca extraño, Don Francisco Muñoz era un innovador pedagógico "avant la lettre" que diría un cursi. Seguramente os estaréis preguntando en que puñetas consistían las innovaciones pedagógicas de Don Francisco Muñoz. Don Francisco fue un adelantado de su tiempo cuando quiso unir la enseñanza de las Matemáticas con nuestra pasión de aquellos tiempos: el fútbol. En efecto:

-Exactamente igual que en la Liga de fútbol, en el Curso 70-71 adoptó el sistema de tarjetas de amonestación. Entraba en clase inusualmente silencioso y, a las primeras de cambio y casi sin el menor motivo, te enseñaba la amarilla para, acto seguido y sin solución de continuidad, enseñarte la roja, si había la menor protesta. Roja que lógicamente llevaba aparejada la expulsión.

-Cuando había algún enfrentamiento a cara de perro entre el Atlético Lucentino y el Egabrense, y triunfaban los representantes de la hermana ciudad, entraba resuelto en clase, soltaba su abultada cartera y, contrariamente a lo que era su costumbre, se ponía rápidamente a enunciar una ecuación de dos resultados en la pizarra. Cuando alguno acertaba los dos resultados, Don Francisco, pícaramente, decía "Señores, exactamente los goles que le metió ayer el Lucena al Cabra".

-Solía desayunar Don Francisco en clase café con leche y churros. Como la ración de churros que junto al café que le traía Pachín, del Bar Daniel, era generosa, Don Francisco troceaba a conciencia los churros y los lanzaba a los alumnos, que tenían que hacer auténticas "estiradas" al estilo de Iribar si querían cazar lo que tan generosamente se le ofrecía.

3.-Es hora ya de que llegue el paño central de nuestro retablo, la escena más larga e importante de nuestra película. Empezamos lo que en nuestros tiempos se llamaba el Bachillerato Superior, que después fue BUP, después Bachillerato a secas y hoy no tenga quizá ni nombre:

-Dejamos el fútbol a un lado, que de un curso para

otro, dejó de ser importante. Lo importante eran las niñas que de ser extrañas criaturas con coletas y faldas pasaron a ocupar íntegramente nuestro pensamiento. Nuestras compañeras, que habían sido conveniente reforzadas con las nuevas incorporaciones provenientes de las Escolapias, sencillamente nos traían locos. En el Octubre de 5° cambiamos los partidos del Recreo por el Paseo, el dinero ya no se empleaba en pipas y avellanas que se le compraban al Sordo, el viejecillo que nos proporcionaba tan preciado género y aguantaba estoicamente nuestras bromas. Ejercía su industria en el primer banco de la izquierda de la plazoleta. El dinero en estos nuevos tiempos se gastaba en tabaco suelto del que éramos abastecidos en el puestecillo de Rafaela. Empezaron a salirnos granos en la cara y a cambiar nuestra voz. Don Diego Villarejo nos llamaba Garullos. Cuando se le preguntó qué era un garullo respondió sicalípticamente que un garullo era un pavo con una escobilla. Nadie entendió muy bien aquello, que debía ser sinónimo de zascandil y cenutrio. Aquellas magníficas compañeras, simpáticas, reidoras, dispuestas siempre a echar una mano, que todo el día estaban cantando canciones de Serrat guitarra en ristre y de las que estábamos enamorados como idiotas sólo tenían un defecto: seguían al pie de la letra los mandamientos de la Santa Madre Iglesia y de sus propias madres de carne y hueso en cuanto a moral sexual -palabra ésta que, por cierto, era de difícil uso en aquella época-. Incluso los más esforzados de entre nosotros, bajada convenientemente la luz en el local que mi tío Fernando Corpas nos había prestado para organizar los bailes del viaje de estudios, siempre nos topábamos con unos durísimos codos que hacían desistir de cualquier ulterior ataque. Lástima. Quizá habría que preguntarles ahora después, copa en mano, si no se arrepienten siquiera sea un poquito de aquella estrechez, digamos que de miras.

-Dado que había que sublimar el juvenil torrente energético que nos consumía haciendo cosas, dos fueron las actividades principales a las que nuestra promoción se dedicó con verdadero entusiasmo:

-Una fue la Cofradía del Huerto. Todos los que aquí nos encontramos participamos en la Fundación de esa Cofradía. Acordaos de la sacristía del Cerro, de Antonio Rosa, su primer Hermano Mayor, de Paquito Poyato, que lo sustituyó. Muchos de nosotros formamos parte de su Junta de Gobierno, elegimos las túnicas de nazareno, trabajamos sin desmayo para

conseguir dinero con el que costear la estación de penitencia, hicimos los primeros estatutos redactados por el Padre Prados y totalmente revolucionarios para la época-, le dimos un carácter penitencial, al estilo de la Expiración y el Silencio, elegimos el Titular -acordaos de la inefable Srta. Amo - y fuimos sus costaleros durante años. Cabra, madrastrona en algunas ocasiones y con cierta tendencia pendona hacia los títulos rimbombantes, sencillamente olvidó todo esto que, por cierto, tampoco fue hecho con afán de lucimiento. Aquella Cofradía de Nuestro Padre Jesús Orando en el Huerto, fundada por estudiantes con nombres y apellidos que aún estamos vivos y coleando se convirtió, de un día para otro y cuando fue limpiada convenientemente de sus fundadores con mejor o peor estilo, en "Real Hermandad de Nuestro Padre Jesús de las Penas y de la Oración en el Huerto y antigua Cofradía de Nazarenos del Santísimo Rosario de Nuestra Sra. De la Aurora, Señor San Sebastián y Benditas ánimas del Purgatorio", Cofradía Fundada en 1.729 y reorganizada, según su documentación oficial, en 1.972. Serán estas mudanzas cosa de la Memoria Histórica, que diría un guasón.

-La otra fue la dedicación a una pastoral, extraordinariamente avanzada en esos años, que realizaba en un pueblo depauperado del norte de Granada, -San Clemente del Guardal- un jesuita que solía venir a dar ejercicios Espirituales en el Instituto. Me estoy refiriendo al P. Prados. Allí nos desplazábamos un buen número de nosotros en Verano e incluso en alguna Navidad. Entrábamos en contacto con universitarios de todas partes de España y se pretendía llevar a efecto la parte más social del Evangelio. Cuando volvíamos, teníamos que aguantar cierta rechifla acerca de nuestra santurronería, rechifla que dirigía con singular acierto el jefe de los irreductibles antipradistas, que no era otro que mi íntimo amigo José Manuel Barranco, algo cabrón, ya lo conocéis.

-También estudiábamos. Unos más que otros. Unos con más aprovechamiento que otros. Las niñas, evidentemente, con más

dedicación y orden que nosotros que vivíamos, sobre todo en COU, un poco a salto de mata.

Por las mañanas se iba siempre o casi siempre a clase. El casi siempre ocurría en francés, con nuestra entrañable Doña Pilar a la que ahora nos referiremos. Cuando faltaba algún Profesor, o se hacía rabona -lo de novillos no era término de nuestro acerbo académico- nos íbamos al Paseo, si, como en las corridas de toros, el tiempo no lo impedía. En otras ocasiones se nos daba asilo en la Pensión de frente del Instituto, donde se alojaban los antiguos Internos desde el cierre del Internado: José Manuel Capilla, Paco Latonta, Cañete.

Una vez que salíamos del Instituto, nuestro lugar natural de estancia, que diría el clásico, era la casa de Paco Poyato. Sus padres, Carmela y Antonio -que tenían el cielo ganado- habían visto invadida su intimidad por decenas de estudiantes a cualquier hora de la tarde o la noche. Allí se estudiaba como se podía, te explicaban los problemas de Matemáticas Comunes, se hacía la traducción de Latín o se copiaba de otro, con el más que probable riesgo de que Don Julián te lo oliera de lejos al día siguiente; se perpetraban comentarios de texto y redacciones para Doña Matilde Galera, encontraba uno todos los apuntes de Arte o de Historia que habías perdido. Se hacían reuniones de la Cofradía, se planeaban las "rechazas" que después se disfrutaban en el patio de la lechería, se veía el fútbol, se oía música, se planeaban gamberradas más o menos simpáticas -acordaos que de allí salió Eugenio Pérez-Aranda metido en una catalítica Super-Ser para ser paseado por toda Cabra, con siniestro incluido en la Calle San Juan de Dios-, se recibían visitas de gentes de otros cursos, se comía y, algunas veces, hasta dormíamos allí.

Los domingos, que dejábamos descansar a los Poyato-Guardeño, eran días de tocar las campanas por la mañana con Paquito Muñiz, desayunar jeringos en casa del Maestro Chistúríz -aquel que tenía la churrería en el Arrecife, tocaba la caja en la Banda de Música y sacaba todos los años a su niña el día de la Sierra vestida de Fallera-, era también día de beber vino en la Plaza Vieja o en casa de Rafalito Cañero - diez reales la copa, algunas veces con tapa- jugar al billar en la Calle Álamos, donde Paco Paniago nos dejaba algún cuartillo de hora fiado y pasear internas de las Escolapias,

con análogo resultado negativo y frustrante que el conseguido con nuestras amadas compañeras. Siempre me llamó la atención nuestra capacidad para estirar los cinco duros que nos daban en casa. Pasear el tontódromo de la Calle San Martín ayudaba bastante en este esfuerzo economizador.

Fueron nuestros Profesores en aquel COU los primeros espadas del Instituto:

-Don Diego Villarejo, aquel orgulloso y distante presbítero, que paseaba con elegancia su impoluta sotana y manejaba gallardamente el manteo mientras leía por las galerías del Internado o los pasillos de la clase su sempiterno libro. Don Diego elaborada barrocos sermones que declamaba en la Iglesia de los Remedios a hora prima y, con la precisión con que llegan las estaciones, nos examinaba, año tras año, del Catecismo Ripalda. Muy raramente lograba alguien obtener más de un 6 en un examen. Muy raramente se alteraba por lo que hiciésemos o dijésemos los mastuerzos que tenía bajo su sagrada cátedra, por eso nos extrañó tanto que un día le administrara una sonora bofetada a un desgraciado que en el preciso momento de ser requerido por el sacerdote para que se presignara, cayó en la cuenta que se le había olvidado.

-Doña Matilde Galera que nos solía dar los lunes a primera hora tanto clase como malratos, sobre todo si te tocaba leer la redacción que debías componer y aquél no era tu día. O no era el de doña Matilde. En cualquier caso, yo siempre recordaré que diez minutos antes de que oyéramos el repiqueteo de sus tacones en la galería de arriba, cuando se dirigía a nuestra clase, matemáticamente nos fumábamos el primer cigarrillo de la mañana el que les habla y aquella menciana guapa que venía todos los días en el coche verde de Don Antonio Jiménez. Cigarrito a cigarrito nos hemos fumado juntos 35 años ya.

-Cuando terminábamos las materias específicas de ciencias o letras acudíamos a clase de Francés en el Laboratorio de Ciencias Naturales. Podríamos ser más de cincuenta alumnos dispuestos a liberar tensiones en la clase de doña Pilar Ferrando, aquella dama extraña, sensible, que había vivido en París y quizá por ello arrastraba cierta "charme" existencialista. Quizá también pretendió convertir las mesas del Ferila en el Café de Flore de Saint-Germain de

Prés. Lástima. Nunca aparecieron J. P. Sarte ni M. Camus. Siempre me pregunté como terminaron aquel curso ilesos los tímpanos de Doña Pilar e íntegros el esqueleto y los demás especímenes que poblaban aquél laboratorio.

-Don José Arias era la voluntad. El trabajo. La dedicación. Jamás he visto a un profesor trabajar tanto y dedicarse tanto a su profesión. Hubiese sido el Profesor ideal si a esa férrea voluntad de trabajo hubiese añadido un adarme de brillantez. Se terminó casando con una compañera de aquél COU, María del Mar Montes Güeto, aquella rubia de minifaldas increíbles que tenía todo el empuje y la inteligencia del mundo. Como sabéis nuestra compañera falleció años después. La había precedido mucho antes otra compañera: Marí Carmen Luque Osuna, la siguió después otra compañera más: Encarni Palomar Arroyo. Yo todavía recuerdo su cola de caballo negra, su sonrisa contagiosa y su perpetuo olor a limpio. Alguno más que hay sentado por ahí también la recordará.

-Por último, hemos de referirnos al más mefistofélico de nuestros profesores: Don Julián García. Y digo mefistofélico por dos razones:

-por sus ojos, que eran capaz de taladrar lo que se pusiera por delante, sobre todo si estaba enfadado, situación ésta que se daba en muy pocas ocasiones, todo hay que decirlo.

-y la segunda razón es porque estoy totalmente convencido de que este hombre ha hecho un pacto con el diablo: está absolutamente igual que cuando te preguntaba por el ablativo absoluto o te pedía una rápida traducción del adagio "dulce et decori est pro patria mori". Habrá que pedirle la receta.

Don Julián nos achuchó de manera inmisericorde. Tradujimos en un año Medea, Fedra y el tratado "De vita beata" de Séneca. Dudo mucho que en cualquier especialidad de clásicas se haga eso en un año. Puesto que casi es el único de nuestros Profesores que está entre nosotros, en vuestro nombre, y en el mío propio, le damos las gracias por todo lo que en su día recibimos de todos ellos.

-“Vaya por Dios hombre”, “Vaya por Dios”...Se me olvidaba Don José Díez. El perpetuo director del Instituto que

ejerció el cargo mientras que todos nosotros permanecemos en él. Un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra bueno, que sufrió con nuestra promoción uno de los peores disgustos de su larga carrera profesional: A Don José, de profunda formación escolástica, todo lo que fuese mucho más allá de Descartes le era ajeno. Pues bien, el primer año en que se celebró la Selectividad, que curiosamente fue en nuestro curso -ya os dije al principio que habíamos tenido cierta mala suerte con eso de ser cabeza de convoy- nos tocó un texto de Marx al que, lógicamente, no habíamos visto ni por los forros. Don José estuvo al borde del síncope cuando se enteró. Nosotros nos las apañamos como pudimos y no salió mal.

Todos, profesores y alumnos, con brillantez en algunas ocasiones y a duras penas en otras, hemos avanzado juntos. No en vano el término Pedagogía -en su sentido etimológico más puro, antes de tener un cierto tufo peyorativo- hace referencia al camino, a la conducción, al avance. Quien ha soportado sobre su calva infantil las inevitables y golosas moscas machadianas durante tediosas tardes grises sentado en su pupitre, quien ha sentido el primer palpito en el corazón cuando ha sido deslumbrado por unos ojos o una sonrisa, quien, como muchos de nosotros, sintió la inmensa melancolía de abandonar el "Aguilar y Eslava", melancolía que sólo puede sentir el corazón joven por las cosas que ama; quién, a la postre, piensa en su viejo Instituto cuando corona la calle Pepita Jiménez o baja del Paseo, forma parte de una comunidad proteica, primaria, adánica y, en cierto sentido también edénica. Quienes formamos parte de esa comunidad tenemos el sentido casi telúrico de la familia, del paisanaje, de los amigos de siempre y para siempre. En el fondo, no sólo hemos estado en el Aguilar y Eslava sino que hemos "sido" también el Aguilar y Eslava, que nunca sería entendible sin sus alumnos de hoy -seguramente algún hijo vuestro se sentará donde nos sentamos nosotros ayer- y de hace treinta y cinco años, sin sus atildados profesores de antaño o barbudos de ayer, sin Blas y sin el esqueleto.

Ha caído el último cuadro de la película, le devuelvo a Fellini sus trastos y Cabra vuelve a ser Cabra. El más emblemático cantautor de nuestra época fue Serrat. El más emblemático de sus LPs, fue, sin duda ninguna, Mediterráneo, trufado de auténticas joyas entre las que destaca "Aquellas pequeñas cosas". Hoy yo he pretendido hablaros de nuestras

pequeñas cosas que quizá creíamos muertas, pero recordad, su tren vendió boleto de ida y vuelta. Me sentiría satisfecho si estas humildes palabras mías han sido el boleto de vuelta del tren que nos las trae.

Muchas gracias. Un fuerte abrazo a todos.
José Manuel Gallardo.